



CAPITULO III.

ÚLTIMOS ANATEMAS CONTRA LOS FARISEOS.

Los emisarios del Sanhedrín, los doctores de los diversos partidos y de las diferentes escuelas se cansaron de interrogar á Jesús y de perseguirle. Se le temía. Su invencible sabiduría inspiró el espanto á aquellos á quienes ella había confundido. Parece que por ella él conquistó el Templo sobre sus indignos maestros. El reinó ahí verdaderamente en medio de ellos, con los aplausos del pueblo que le trató como Mesías. El ejerció la función divina, pero él no ignoró que se quería su muerte; él lo había dicho claramente en la parábola de los viñadores, hasta designando á los autores. El sabía que no se le perdonaba haberse llamado el Hijo de Dios, y que ese título,—el único que expresaba su papel mesiánico,—le sería imputado como blasfemia.

El quiso llevar á sus adversarios á reconocer su derecho de llamarse así, sobre la autoridad de las Escrituras; reunió á los Fariseos y les puso esta cuestión: ¹

—“¿Qué os parece del Mesías? ¿De quién es Hijo?”

¹ Mat., XXII, 41-45; Marc., XII, 35-37; Luc., XX, 41-46.

Los Escribas respondieron:—De David.

Ningún título estaba más en voga en el país, en la tradición, en las escuelas.

Mas, ¿qué es ese Hijo de David? ¿Cuál es su naturaleza, su dignidad y su función? Ved el punto en el que se descarriaba la imaginación popular, en el que la ciencia de los doctores titulados se ciega y se alucina. Entre todas las glorias atribuidas á ese personaje, hay una que las contiene y las reúne todas, la divinidad. Es á ella á la que se desconoce, y á la que Jesús se ha aplicado en toda su vida pública, á poner en luz.

Hoy todavía, en la vispera de dejar el Templo y de morir, él intenta demostrarla á los Escribas por el más popular de los salmos mesiánicos,—aquel en el que el profeta ha claramente afirmado la divinidad de Cristo, su igualdad de potencia con Dios, su triunfo final sobre todos sus enemigos, su sacerdocio eterno.

Relevando ese título de Hijo de David, que no expresaba sino su descendencia humana, Jesús no le recusa como lo han pretendido ciertos exégetas, ¹ él siempre le aceptó; y al reivindicarle hoy ante ellos, él va á insinuarles el misterio de su divinidad.

—“Si el Cristo es el hijo de David,” les dijo, “¿cómo entonces David le llamó, en el Espíritu Santo, su Señor?”

Y él les recitó el salmo:

“El Señor dijo á mi Señor:

“Siéntate á mi diestra,

“Hasta que yo haga de tus enemigos el escalón de tus pies.” ²

Evidentemente, si Cristo es el Señor de David, sentado á la diestra de Dios, hay en él la divinidad. La conclusión era irresistible para todos esos doctores que juraban en nombre del Libro inspirado. Ellos no supieron deducirla. La teología

¹ Schenkel, Das Charakterbild von Jesu.

² Véase el Apéndice. S. El Salmo CX.

judía, que cegaba á esos Escribas, se había desviado de la doctrina de los profetas. Petrificada en un frío monoteísmo, ella no comprendió lo que era el alma de las videntes y de todo el Antiguo Testamento: la intervención constante de Jehovah en su pueblo, intervención personal, activa, inmediata, de las que las theophanías y la inspiración pasajera eran las primeras formas, y de las que la encarnación en el personaje mesiánico debía ser la realización perfecta. La divinidad de Aquel á quien Isaías llamó: "el Hijo que nos es nacido, el Admirable, el Dios fuerte y poderoso," del que Miqueas ¹ había distinguido el nacimiento humano en Bethlehem, y el nacimiento divino desde la eternidad; que Malaquías ² llamaba "el Adonai, entrando en su Templo,"—la divinidad del Mesías estaba velada á sus ojos. Jesús, copiando el lenguaje de la teología viva y popular de los profetas, trata, por última vez, de romper el velo, y de mostrarles cómo, por la divinidad del Mesías, los dos títulos de Hijo y Señor de David se concilian. Esos espíritus obstinados no ven; ellos quedan confundidos y mudos y se van con su incredulidad desesperada.

La sobriedad de la narración de los Evangelios permite apenas presentir el brillo que debió tener esta escena, la última en la que Jesús se halló con sus enemigos. Es una de las más conmovedoras, sin embargo, porque, al afirmar así su verdadera naturaleza, él firmó su sentencia de muerte. ¡Mas qué le importaba la muerte! ¿No es ella la condición de su victoria? ¿Y no sabe que su sacrificio le merecerá el eterno triunfo? El debió decirlo á los Judíos con una autoridad imponente, cuando les recordó la palabra de Jehovah al Mesías: "Siéntate á mi diestra, hasta que yo haga de tus enemigos el escabel de tus pies." Entonces fué cuando Jesús se volvió á sus discípulos. El pueblo, al menos, en su sencillez, le escuchó extasiado.

¹ Isaías, IV, 5.

² Miqu., V, 2.

³ Malaq., III, 1.

El habla como Juez, condena públicamente, estigmatiza, abate, cubre de anatemas á los Escribas y Fariseos, á todos los representantes de la Ley y de la ciencia religiosa-oficial.

—"Guardaos de ellos," exclamó, "ellos serán más duramente condenados."

"Ellos están sentados en la cátedra de Moisés. Observad, pues, y haced lo que ellos os dicen, pero no imitéis sus acciones; porque lo que ellos dicen, no lo hacen.

"Ellos ponen sobre las espaldas de los hombres, fardos pesados é intolerables que ellos no quieren mover ni con el dedo.

"Ellos hacen todas esas obras para ser vistos de los hombres.

"Ellos llevan en el brazo y en la frente las filacteras más anchas, y las borlas más largas en sus mantos.

"Ellos aman los primeros asientos en los festines, y los primeros sitios en las sinagogas. Ellos quieren que se les salude en los lugares públicos, y que se les llame maestro.

"Por lo que toca á vosotros, no os dejéis llamar maestros; y no llaméis padre á nadie en la tierra; porque no tenéis mas que un Padre que está en los cielos; y todos soís humanos, y no tenéis más que á un Maestro, á Cristo.

"Que el más grande entre vosotros sea vuestro criado; porque el que se exalte será humillado, y el que se humillare será exaltado."

Inconsecuencia, hipocresía, dureza tiránica, ambición y orgullo: ved los vicios de esos hombres del poder que han sido los primeros Antecristos.

Inexcusables en su ceguera y en su odio, ellos hirieron el amor infinito de Aquel que les traía la luz, la salvación y la paz; y ellos se han atraído esos anatemas abrumadores.

—"¡Ay de vosotros!" les dijo Jesús, "ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas, porque vosotros cerráis á los hombres el Reino de Dios; vosotros no entráis y no sufrís que otros entren.

¹ Mat., XXIII, 1 ad. fin.; Marc., XII, 37-40.

“¡Ay de vosotros! Escribas y Fariseos hipócritas, porque haciendo largas oraciones, devoráis las casas de las viudas.

“¡Ay de vosotros! Escribas y Fariseos hipócritas, porque corréis los mares y la tierra, para hacer un prosélito, y cuando ya está hecho, hacéis de él un hijo del infierno, dos veces más que vosotros.

“¡Ay de vosotros! guías ciegos. Decís: Jurar por el Templo no es nada, pero jurar por el oro del Templo, obliga. ¡Insensatos y ciegos! Qué cosa es más grande: ¿el oro, ó el Templo que santifica al oro? También decís: Jurar por el altar no es nada, pero jurar por la ofrenda depositada en el altar, obliga. ¡Ciegos!Cuál es más grande: ¿la ofrenda ó el altar que santifica la ofrenda?

“El que jura por el altar, jura por él y por todo lo que está encima. Y el que jura por el Templo, jura por el Templo y por Aquel que en él mora. Y el que jura por el Cielo, jura por el trono de Dios y por Aquel que ahí está sentado.

“¡Ay de vosotros! Escribas y Fariseos hipócritas, porque pagáis el diezmo de la menta, del eneldo y del comino, y no tenéis ninguna cuenta de los puntos más graves de la Ley, la justicia, la misericordia y la fe. Era preciso hacer esto, pero no omitir aquello. Guías ciegos, filtráis el mosquito y os tragáis el camello.

“¡Ay de vosotros! Escribas y Fariseos hipócritas, porque limpiáis el exterior de la copa y del plato, y por dentro estáis llenos de manchas y de rapiña.

“¡Fariseo ciego! limpia primero el interior de la copa y del plato, y el exterior estará puro también.

“¡Ay de vosotros! Escribas y Fariseos hipócritas; os parecéis á los sepulcros blanqueados: por afuera, aparecen hermosos á los ojos de los hombres, pero, por dentro, están llenos de osamentas y de todo género de podredumbre.

“De este modo, por fuera, parecéis justos á los hombres, pero, por dentro, estáis llenos de hipocresía y de iniquidad.”

Esta es la justicia eterna é inexorable de Dios que levanta la voz por boca de Jesús, su fiel órgano, contra los jefes de la nación judía, contra esos maestros de la opinión y contra todos aquellos quienes, en el transcurso de los siglos, continúan sus obras de muerte. Sus crímenes han hecho callar á la misericordia y provocado las santas venganzas.

Esos grandes culpables ponen trabas al Reino de Dios á quien ellos debieran sostener y aclamar. Ellos se apartan y apartan á los demás. Ellos ponen para extender su propio reino á un proselitismo infernal, y aquellos á quienes envuelven en su secta satánica son peores que ellos. Ellos alteran la verdad y extravían á aquellos á quienes debieran iluminar. Ellos explotan á los sencillos, devorando, bajo la máscara de la religión, la fortuna de las viudas; ellos degradan el culto y le naturalizan; ellos afectan multiplicar las prácticas, hasta el escrúpulo, y olvidan la justicia, la misericordia y la fe. Ellos filtran el mosquito y se tragan el camello; ellos engañan á la multitud con un falso aire de religión, y amontonan rapiñas y manchas en su conciencia abominable,—sepulcros blanqueados y llenos de horror.

Dios habla por sus profetas, sus enviados, sus santos; en vez de escucharles, les matan; y, cuando están muertos esos hipócritas, para burlarse de ellos, afectan honrarles, embelleciendo sus sepulcros. Pero que Dios hable todavía, y que él aparezca en persona, ellos renovarían sus homicidios: entregar á los profetas á la muerte es su crimen favorito.

En el mismo momento en el que Jesús les abrumaba con una fuerza divina y una santa indignación, ellos tramaban su pérdida y decretaban su suplicio. El lo veía y esta vista le arrancó contra ellos una maldición suprema más terrible.

—“¡Ay de vosotros! Escribas y Fariseos hipócritas, que edificáis sepulcros á los profetas y adornáis los monumentos de los santos, diciendo: Si nosotros hubiéramos vivido en el tiem-

po de nuestros padres, no nos hubiéramos unido á ellos para derramar la sangre de los profetas.

“¿A Aquel que os habla no le queréis entregar á la muerte? Llevad, pues, la medida de vuestros padres.”

Este es el juez que fulmina, el mismo Juez divino. El abraza con un solo golpe de vista la inmensa y espantosa solidaridad de los crímenes de un pueblo contra Dios.

—“Serpientes,” exclamó, “raza de vívoras! cómo huiréis la sentencia del infierno.

—“Ved, yo os envié á los profetas, á los sabios y á los doctores, y vosotros mataréis á los unos y crucificaréis á los otros; y flagelareis á éstos en vuestras sinagogas y perseguiréis á aquellos de ciudad en ciudad, de manera que sobre vosotros recaiga toda la sangre del justo, desde el justo Abel, hasta la sangre de Zacarías, ¹ hijo de Barachías, á quien vosotros habéis degollado ante el templo y el altar.

Las palabras de Jesús no son fórmulas vacías, ellas llevan consigo la virtud de Dios. Cuando él bendice, abre la puerta de la bondad sin límites; cuando él maldice, desencadena las potestades del abismo.

Esos “Ay” repetidos amontonan las cóleras de Dios sobre las cabezas á quienes abruman.

—“En verdad, yo os digo” agregó, “todas estas maldiciones caerán sobre esta misma generación.”

El pensamiento del castigo espantoso que el crimen de su muerte iba á precipitar sobre su pueblo y sobre la ciudad ingrata le llenó de una inmensa tristeza; tuvo con respecto á Je-

1. Este Zacarías era soberano sacrificador bajo el reino de Joas (II Paralip., XXIV, 20-22). Viendo al pueblo volver á la idolatría, él se aprovechó de una fiesta solemne para reprochar en pleno templo á Israel sus infidelidades contra Dios. El fue lapidado por el pueblo y por Joas en el atrio mismo.

El es dicho hijo de Joiadas en el *Paralipómenos*, é hijo de Barachías en San Mateo. San Gerónimo (Cenement in Math., II, IV.) observa justamente que los dos nombres Joiadas y Barachías tienen, en hebreo, la misma significación: *Bendito de Dios*; y según el testimonio del mismo doctor, se leía efectivamente en el *Evangelio de los Nazarenos*, Joiadas en vez de Barachías.

rusalem, una palabra punzante que ya la vista de su infidelidad obstinada le había arrancado: ¹

—“Jerusalem, Jerusalem, que matas á los profetas, que lapidas á los que te son enviados, cuántas veces no he querido asociar á tus hijos, como la gallina junta á sus polluelos bajo sus alas y tú no lo has querido! ²

Y mostrando el templo, añadió:—Vuestra casa va á quedar desierta; porque, yo os lo digo, no me veréis más, á menos que no digáis: Bendito sea aquel que viene en el nombre del Señor.”

Este fué el último llamamiento. El no fué escuchado. El templo no debía volver á ver á aquel que únicamente podía llenarle y asegurarle la eternidad; él caerá como una cosa vacía, abandonada.

Todo lo que enoja á Dios está consagrado á la inevitable destrucción.

Después de esos discursos tan patéticos y tan vehementes, Jesús vino á sentarse, aparte, en el patio de Israel, cerca de la sala del Tesoro, enfrente de los cepos destinados á las ofrendas. ³ El miraba á la multitud que se estrechaba en derredor suyo para depositar las piezas de moneda. Los ricos, en gran número, ponían mucho. Se les admiraba. Una pobre viuda llegó y deslizó dos leptas, el valor de un céntimo, apenas.

Jesús llamó á sus discípulos y les dijo: “En verdad, de todos aquellos que han depositado sus ofrendas en los cepos esta mendiga ha dado más, porque todos han dado de su superfluo; pero ella, ha dado de su indigencia,—tòdo lo que ella tenía. Esta era toda su vida.”

El dón natural no es nada ante Dios, él no tiene precio sino por el sentimiento, por la virtud que lo inspira. El mayor sentimiento, la mejor virtud, es la caridad; ahora bien, la caridad

1 Cf., Luc. XIII, 34-35.

2 Mat. XXIII, 38-39.

3 Marc., XII 41-44; Luc., XXI, 1-4.

plena no guarda nada, ella da todo. La pobre viuda no poseia mas que dos leptas, pero ella tenía la caridad perfecta, y sus dos leptas han adquirido ante Dios, por la caridad, un valor superior á todos los siclos de plata y de oro.

Jesús juzgaba como Dios; él leía en el alma. La piedad de esta mujer desconocida le conmovió. Ella es una de aquellas que han sido alabadas por el más sabio, el mejor de los jueces, y el único infalible. Todos los pobres de la tierra, todos los miserables pueden consolarse y regocijarse; ellos no tienen la riqueza estimada de los hombres, pero ellos pueden tener hasta en su indignencia, los tesoros que sólo son amados de Dios.

Es preciso colocar aquí un incidente característico¹ que motivó las últimas palabras pronunciadas por Jesús en el Templo.²

Entre aquellos que habían subido á Jerusalem para adorar el día de la fiesta, algunos Helenos se acercaron á Felipe de Bethsaida, en Galilea, y le hicieron esta súplica:—Señor nosotros queremos ver á Jesús.

La Pascua llevó no solamente á Jerusalem á los Judíos piadosos de la Palestina y del mundo, sino á los paganos quienes, en su país, se habían convertido al judaísmo. Se les llamaba los prosélitos de la Puerta. Ellos eran numerosos, en la Siria, la Decápolis y en todas las provincias del antiguo imperio de Alejandro. En las grandes solemnidades, ellos venían á la metrópoli y ofrecían sus sacrificios en el Templo. El patio de los paganos les estaba abierto. Evidentemente, esos Helenos pertenecían á la clase de los prosélitos de la Puerta; ellos parecían haber conocido á Felipe: este es un indicio que ellos debían habitar alguna ciudad de la Decápolis, vecina de Beth-

¹ Juan, XII, 20-36.

² Lo que parece autorizar nuestra opinión, es que según el testimonio de San Juan, Jesús inmediatamente después, se fué y se ocultó de los Judíos. Su misión estaba terminada. El no tenía ya mas que morir.

saida. Por lo demás, la entrada triunfal del Profeta en Jerusalem, la expulsión de los compradores y vendedores del Templo, su predicación popular que extasiaba á la multitud, sus milagros repetidos, sus respuestas victoriosas á las cuestiones péfidas de los doctores, la lucha que él sostenía con tanta potestad contra el Sanhedrín y los jefes, todo explica y justifica su ardiente deseo de ver á Jesús. No es la curiosidad la que les impulsa, sino una atracción profunda de la conciencia. Su petición, de una discusión conmovedora, revela un gran respeto.

El discípulo comprende la gravedad de la marcha que va á hacer; él debe acordarse de la palabra de su Maestro: "Yo no he sido enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel." El no se atreve á tomar á su cargo la súplica de esos paganos. El conferencia con Andrés, y este último, de quien se conoce la naturaleza resuelta,¹ es el que determina á Felipe á llevar á Jesús el mensaje. A pesar del silencio del narrador, se puede creer que Jesús acogió el deseo de los paganos. Ninguna conciencia le ha llamado en vano. Esos Griegos de buena voluntad se le han acercado, mirado y escuchado. Ellos han sido los testigos y la causa de una de las manifestaciones las más pensadoras del alma de Jesús.

Al verse deseado por esos Gentiles, en el momento mismo en el que los Judíos le repudiaban, él fué sobrecogido de una emoción divina. Todo su destino le apareció, austero y glorioso; él vió interiormente su suplicio y su triunfo futuros, y en su suplicio la causa de su triunfo. Si el pueblo infiel y cegado no corresponde á su llamada sino crucificándole, esta muerte querida por el Padre vencerá al mal y atraerá hacia él á la humanidad entera. El "Príncipe de este mundo" espera abatirle sobre la cruz; él prepara, sin saberlo, el trono á cuyo pie los paganos en tropel acudirán á adorarle.

Esta vista profética le turba y le exalta, le abruma y le consuela. A pesar del drama interior que le agita, sus palabras

¹ Juan, I, 41-42.

llevan consigo y en ellas la fuerza y la paz. Jesús trata de precaver á los que le escuchan contra el escándalo de su muerte próxima:—"La hora ha llegado," dijo, "en la que el Hijo del hombre va á ser glorificado."¹

Esta gloria no es solamente la vida nueva y transfigurada de la que él gozará en su Reino, á la diestra de su Padre, libre para siempre de la debilidad y de la muerte, es también el triunfo que él va á llevar en el mundo y en la humanidad.

¿Por qué es preciso que el Hijo del hombre muera? Este es todo el misterio del dolor y del sacrificio. Jesús le proclama como una ley universal, y necesaria en el gobierno de Dios.—"En verdad, en verdad, yo os digo, si el grano de trigo, cayendo en la tierra, no muere, él queda solo; pero si muere, él dará mucho fruto."²

Para seguir á semejante Maestro, que es la encarnación perfecta del sacrificio y cuya muerte es la condición de toda vida y de todo triunfo, es menester sacrificarse á sí propio. La inmolación total es el camino de la vida eterna.

—"Aquel que ama su vida la pierde, y aquel que odia á su vida en este mundo, quien la entrega á un desprecio generoso, la guarda para una eterna vida." La suerte gloriosa del Maestro será la nuestra. El da la seguridad á sus discípulos: "Si alguno me sirve y me sigue allí mismo en donde yo estaré, allí también será mi servidor. Y si alguno me sirve, el Padre le glorificará."³

El pensamiento de su sacrificio próximo, de su muerte eminente, las luchas terribles que se preparaban, arrancó á Jesús una exclamación de angustia. Aunque muy unido á la voluntad de su Padre, él sentía más que nosotros una repugnancia intuitiva para el dolor y el suplicio; él dejó ver este espanto interior.—"Al presente, exclamó, mi alma está turbada; ¿y qué dice? . . . ¡Oh Padre, sálvame de esta hora!" Ved la pa-

¹ Juan, XII, 23.

² Juan, XII, 24.

³ Juan, XII, 25-26.

labra del instinto de vivir y de huir la muerte. "Pero yo he venido para morir. ¡Oh Padre, glorifica tu nombre!"¹ Ved la palabra de la voluntad que impone silencio á la naturaleza y se pierde en Dios. Jesús se entrega á la muerte para la gloria de su Padre. Parece que su agonía ya comenzó. Esta escena es el preludio. El momento es solemne: él debió conmover á aquellos que fueron testigos. Pero una manifestación extraordinaria engrandeció y exaltó á aquel que se humillaba de esta manera ante Dios, al inmolarsé á su gloria, y ante los hombres, dejándoles ver la angustia que le ahogaba.

Una voz del cielo retumbó, la misma que había resonado en el Bautismo y en la Transfiguración: "Ya he glorificado mi nombre, yo le glorificaré todavía."²

La primera glorificación del nombre de Dios es evidentemente aquella que ha tenido á Israel por teatro, y el apostolado terrestre de Jesús por instrumento. La segunda es aquella que deslumbrará algún día al mundo pagano y á la humanidad entera, cuando el Espíritu de Jesús venga allí á revelar al Padre desconocido. Las dos glorificaciones se ligan una á otra por el drama sangriento de la pasión y de la muerte.

La voz celestial fué escuchada de todos, pero no todos la comprendieron. La multitud distraída decía: Esto es un rayo; otros: Es un ángel que le ha hablado.—"Esta voz," les dijo Jesús, "no ha llegado por mí, sino por causa vuestra."³

Es preciso que Dios mismo intervenga y nos hable, para sostener nuestra naturaleza frágil ante el misterio del dolor y la ley del sacrificio. El Cristo sufriente y crucificado es el escándalo de la razón; cuando él se le presenta, ella retrocede espantada, si Dios mismo no la hace entrever la gloria de su nombre en la muerte de su Hijo y de sus elegidos. Ahora bien, Jesús sólo interpreta á nuestra ignorancia la voz misteriosa.

¹ Juan, XII, 27-28.

² Juan, XII, 28.

³ Juan, XII, 30.

—“Sabedlo, añadió: ahora, este es el juicio de este mundo; ahora, el Príncipe de este mundo será arrojado afuera; y yo, si soy elevado en la tierra, atraeré todo á mí.”

Nunca, hasta esta hora, Jesús había hablado de su muerte con un acento tan firme, y dijo más claramente lo que ella oculta de gloriosa en su ignominia. Los paganos desconocidos, deseosos de verle y de escucharle, han provocado de esta manera la enseñanza más impenetrable al hombre, la más difícil de aceptar y la más necesaria. El Crucificado domina á la humanidad perdida á la que ellos pertenecen; él va á mirarla pasar y á juzgarla. Aquellos que se golpeen el pecho y crean, serán salvados; aquellos que le blasfemaren en la impenitencia y la incredulidad, serán perdidos. Sólo los primeros serán libertados de la tiranía del Príncipe de este mundo. El será vencido en ellos, arrojado afuera; un nuevo embate llevará en derredor de aquel que haya sido elevado de la tierra á un pueblo innumerable de elegidos: ese triunfo vengará al Crucificado de sus humillaciones. La cruz, que era el escándalo de los Judíos, llegará á ser para nosotros la sabiduría y la virtud de Dios. ¹

Mientras que Jesús hablaba, la multitud había acudido en torno suyo. Se le había escuchado anunciar la muerte del Hijo del hombre, su exaltación en la cruz. Muchos se escandalizaron. La idea de un Mesías que muere, de un Mesías condenado al suplicio, rebelaba á esta raza educada en la idea de un Mesías conquistador, fundador de un reino eterno sobre las ruinas de todos los imperios paganos subyugados. Esta era la enseñanza de las escuelas; se la apoyaba en las Escrituras, ² que una exégesis literal y ciega no comprendía.

Esas mismas Escrituras ³ no habían economizado, sin em-

¹ I. Cor., I, 18.

² Miq., V, 8, Salm., CIX, 4; LXXXVIII, 30-38; LXXI, 5; Isaías IX, 7; XI, 8; XXXVIII, 27; Daniel, IX, 26, etc.

³ Isaías, LIII; Salm., XXI; Daniel, IX, 26; Juan, XI, 19.

bargo, las pinturas atrevidas de las luchas, de los dolores, de las angustias y de la muerte del Hijo del Hombre; ese misterio estaba velado á todos los ojos. A la palabra de crucifixión, la multitud vociferó:—El Cristo no muere, le dijo ella, él permanece eternamente; la Ley nos lo enseña. Cómo decís entonces: ¿Es preciso que el Hijo del Hombre sea levantado? ¿Quién es ese Hijo del Hombre?

Se ve asomar en esta objeción popular el escándalo que desprenderá á la multitud de Jesús. Un Mesías vencido y crucificado no puede ser el verdadero Mesías.

Jesús no responde á la cuestión. El tiempo de las discusiones, de las enseñanzas, había pasado. El se retira con sus discípulos, dirigiendo al pueblo un llamamiento supremo, con un lenguaje que ninguna boca humana ha conocido:

“La luz no está sino un poco de tiempo con vosotros. Marchad, mientras que tenéis la luz, de miedo que las tinieblas no os sorprendan. El que camina en las tinieblas no sabe á donde va. Mientras que tenéis la luz, creed en la luz, á fin de que os hagáis hijos de la luz.”

¹ Juan, XII, 35 y 36.